

brilla rojo a través de los pinos que están detrás de la finca, proyecta una gran sombra-

Pavos reales o avestruces en jaulas-

*Sobre el desfiladero hacia la colina salía un estrecho puente de piedra. Sillería-
En la esquina un refuerzo de hormigón con viga de hierro.*

Uno de nuestros acompañantes: aquí tenía que haber un camino subterráneo.

las ovejas vienen al oscurecer

Camino a través de la llanura de regreso a Albacete."

Mientras Paco Uriz y yo íbamos comentando las incidencias de esta primera visita a la Cueva de la Potita, y yo me mostraba esperanzado de que nos dejaran visitarla por dentro al día siguiente, Peter parecía cansado y amodorrado. Pero no era así. Eran sus pensamientos y sus sentimientos los que estaban en plena ebullición. Por fin había descubierto huellas indudables del *tiempo perdido* de Max Hodann y estaba ya recreando interiormente el contexto original y auténtico que quería reflejar en su obra. En Albacete nos despedimos cordialmente, aunque Weiss parecía no haber salido aún de su ensimismamiento. Quedamos en encontrarnos a primera hora de la mañana en mi despacho del Archivo Histórico Provincial, donde les enseñaría documentación de las Brigadas Internacionales y del contexto de la ciudad en los años de la guerra civil. Todo ello parecía interesar mucho a Peter Weiss, pero sin embargo, insistía, lo más importante era poder conseguir la llave para entrar en el interior del palacete de La Cueva de la Potita. Pareció más animado cuando le prometí que haría todo lo posible por conseguir nuestro objetivo. Que conocía a unos amigos, parientes cercanos de los dueños, que sin duda nos allanarían todas las dificultades. Sin duda después de ésto, al mismo llegar al hotel, es cuando anotó en su Agenda roja esta frase que denota un estado de ánimo más optimista:

"al mismo tiempo otras actividades, buscar el actual dueño de la casa de campo para recibir la llave-"

ENTREVISTA PARA LA VERDAD. VISITA DETENIDA DE ALBACETE

Para mí esas actividades fueron inmediatas, nada más llegar a mi casa. Lo primero localizar por teléfono a un amigo, Jacinto Fernández Valdés, familiar de los dueños de la finca, quien me dio muchas esperanzas al asegurarme que sus parientes sin duda accederían a nuestra petición, ya que eran personas muy amables que no pondrían impedimentos. Si era posible, él mismo nos acompañaría, una vez conseguido por teléfono el permiso, ya que durante su infancia había estado largas temporadas en aquella finca, cuando vivían sus abuelos, precisamente en los años posteriores a la guerra civil. Una hora más tarde llamó a mi casa para comunicarme que todo estaba solucionado, y que al día siguiente, por la tarde, podríamos acudir de nuevo a la Cueva de la Potita, donde el guarda, que tenía las llaves, había recibido ya instrucciones concretas de los dueños para que nos dejaran entrar. Mientras tanto yo había seleccionado de las fichas de mis investigaciones sobre las Brigadas Internacionales todo aquello